

Prólogo

Una luna radiante, enorme y en pleno apogeo, derramaba su luz sobre un centenar de mujeres. Las había tan jóvenes que apenas se las podía considerar como tales. Otras eran ancianas de rostro arrugado que andaban con pasos cortos y cuidadosos. La mayoría vestía con faldas y prendas de cuero u otros tejidos apropiados para moverse por la naturaleza. Todas iban descalzas. Algunas de ellas danzaban con los ojos cerrados y los brazos en alto. Otras permanecían sentadas, alzando la mirada hacia las estrellas o bajando el rostro para contemplar los tallos de la hierba junto a ellas. El grupo, a pesar de ser numeroso, apenas turbaba la quietud del lugar.

Dos de ellas, una alta y delgada y otra pelirroja, cruzaban a través de aquel cóncave, siguiendo una vieja senda. Según avanzaban por el lugar, las mujeres se levantaban y se volvían hacia ellas, siguiéndolas con la mirada. Un cántico empezó a resonar en el prado cuando docenas de gargantas se unieron para formar una melodía, triste y repetitiva. Aquella pareja llegó hasta el final de la senda que daba a una loma en la que enraizaba un árbol majestuoso. Se elevaba unos veinticinco metros, poseía un ancho tronco lleno de nudos y una copa frondosa llena de peculiares hojas verdes con matices rojos y de flores azuladas. Ambas empezaron a subir por la loma mientras el resto de las presentes se acercaba.

Cuando se situaron bajo la copa del árbol, la pelirroja levantó la mirada y contempló las ramas más bajas, con una intensa expresión de añoranza. La mujer alta y madura, de pelo oscuro lleno de hebras plateadas, le dedicó una mirada escrutadora.

—¿Piensas en tu *maeg cesaein*, Shildan? —le preguntó en voz baja.

La pelirroja esbozó una tenue sonrisa teñida de tristeza y miró a la mujer mayor.

—Maerill ya no es mi hermana enlazada, Ceala. Aceptó irse al norte y desposarse con el hombre que ahora reina en Isgarad. No tiene sentido añorar el pasado —comentó al final con voz enérgica.

Ceala desvió la mirada hacia el árbol durante un instante. Cuando volvió a mirar a su acompañante, asintió con convencimiento.

—Has tenido muchas pérdidas en tu vida, Shildan. Recuerda que tras cada pérdida podemos obtener algo a cambio si somos capaces de abrir los ojos y entender qué la ha motivado. Tu decisión, estar aquí, demuestra que hoy eres más sabia que ayer.

Shildan la miró sin poder evitar una expresión de escepticismo. Ceala sabía que ella no se sentía más sabia, sino más herida. Notaba la ira sorda que embargaba a la mujer tras la muerte de su esposo. Elegirla a ella era un riesgo, pero en tiempos oscuros era imperativo tomar decisiones difíciles.

Además, los espíritus habían hablado.

Ceala le hizo un gesto a su acompañante y ambas se volvieron hacia el cóncave de nigheanain. El silencio se adueñó del prado ante el árbol.

—¡Hermanas! Hoy, en la noche más corta del año, vengo a presentaros a la nueva líder de los naltuig o, como prefieren llamarse a sí mismos, las Sombras Verdes. Shildan ail Beannos ha aceptado la responsabilidad de dirigirlos y ocupar el lugar de Adheraic laen Nuiban —anunció en voz alta Ceala, dirigiéndose a la congregación de mujeres frente a ellas. Después se volvió hacia su acompañante, mirándola a los ojos—. ¿Afirmas ante nosotras, las que hemos recibido

la sagrada tarea de cuidar del bosque y de todo lo que simboliza, que ese será tu compromiso? ¿Nos ayudarás en la enorme tarea que supone defenderlo contra los peligros que lo acechan?

Shildan desplazó la mirada entre la multitud de mujeres que la observaban, expectantes.

—Seré la líder de los naltuig —afirmó con una voz casi desafiante—. El bosque será mi vida, la madera será mi carne y la lluvia, mi sangre.

Ceala se acercó a ella y la abrazó. Acercó el rostro a su oído y le susurró:

—¿Serás capaz de superar la pérdida? ¿De rechazar al odio?

Shildan bajó la mirada y no contestó. La mujer mayor asintió y se dirigió hacia las raíces del árbol.

—Vivimos tiempos oscuros —anunció mientras se agachaba y metía la mano en la tierra húmeda—. Todas lo sabemos. Un ethin cruaiach se liberó, lo cual no había ocurrido nunca. Otros se agitan en sus túmulos y cada vez es más difícil aplacarlos; a menudo el esfuerzo que debemos hacer para lograrlo nos consume. Los espíritus gritan con desesperación, pidiendo nuestra ayuda. Ahora mismo siento sus voces a través de las raíces de uno de los vástagos del Mor Etuin. Nosotras sentimos ese lamento, pero los hombres están ciegos y sordos y sólo atienden a sus vanas luchas por el poder. —Ceala se incorporó, con un puñado de barro oscuro en sus manos, y miró a las presentes—. Nadie nos va a ayudar. Sólo podemos confiar las unas en las otras si queremos evitar la muerte del bosque.

La líder de las nigheanain se acercó a Shildan y trazó líneas en su rostro con el barro.

—Los Mor´aew´Gail te bendicen, niña. La tierra a la sombra del Claorysidh sella tu pacto con ellos, con el bosque y con nosotras, las nigheanain. Lidera a tus naltuig para que cumplan su papel: ser nuestros ojos, oídos y los brazos que nos defienden de los enemigos del bosque.

Shildan levantó una mano y detuvo a Ceala. La pelirroja se volvió, oteando hacia el este. Fue entonces cuando Ceala escuchó el tronar de los cascos de los caballos. Una veintena de jinetes armados irrumpió en el prado alrededor de la loma del Claorysidh. Las mujeres se sobresaltaron y se apiñaron las unas junto a las otras, al verse cercadas por los recién llegados.

—¡Mierda! No voy armada, Ceala —masculló Shildan, contrariada—. Dijiste que esta ceremonia era solo para los ojos de las nigheanain y para mí, que ninguna de las Sombras Verdes debía estar presente. Os defenderé, aunque sea con mis manos desnudas.

Ceala puso una mano ante Shildan, impidiendo que se moviera.

—No será necesario.

La mujer fijó su mirada en un hombre alto de cabello castaño oscuro que desmontaba y se acercaba hasta ellas. Llevaba una tiara dorada en la cabeza. Lo flanqueaba un poderoso guerrero de mirada hosca armado con dos espadas cruzadas a su espalda. Los hombres subieron la colina con la mirada puesta en ambas mujeres.

—¿Qué significa esto, Teorann? —preguntó Ceala con calma— ¿Por qué tú y esos pendencieros que llamas tus soldados interrumpís nuestra ceremonia?

El guerrero de las dos espadas dio un paso hacia adelante con un rostro severo y desdeñoso.

—Háblale con respeto a tu ard´ain, mujer —dijo con voz amenazante mientras la señalaba con un dedo—. Estas son sus tierras y todos somos sus súbditos.

—Así que ahora te consideras a ti mismo como uno más de esos arrogantes reyes norteños —comentó Ceala mirando al hombre de pelo castaño que permanecía tras su acompañante, en silencio—. Diga lo que diga tu hombre, ninguna de nosotras te debe lealtad ni tienes ningún poder aquí.

El guerrero de las dos espadas torció el gesto, volvió a señalar a la mujer y abrió la boca, iracundo.

—Baja ese dedo ahora mismo o te lo rompo y te lo meto por el culo —lo interrumpió

Shildan colocándose frente al guerrero.

El guerrero la miró durante unos segundos, sin palabras, y después echó mano de una de las espadas a su espalda.

—¡Connluar! —bramó el hombre de pelo castaño a su lado—. Dije que nada de violencia.

El guerrero soltó la empuñadura, dio un paso atrás y agachó la cabeza brevemente ante su señor.

—Discúlpame, Teorann.

El ard'ain de Moradhair le dedicó un gesto de reconocimiento, seguido de una sonrisa, y se volvió hacia las mujeres.

—Os saludo, Ceala C'rran y Shildan ail'Beannos. —El ard'ain dirigió su mirada hacia la mujer pelirroja—. Sé que nos hemos distanciado con los años, pero aún te considero parte de mi familia. No olvido que fuiste *maeg cesaéin* de Maerill, mi querida y añorada prima. Supe de la muerte de tu esposo Adheraic luchando contra hombres de Isgarad en los bosques del norte. Tienes mis condolencias.

Shildan lo miró con un gesto que, quizá debido a las líneas oscuras del barro en su rostro, pareció feroz e inflexible.

—Los Ailann dejasteis bien claro que no era apreciada en el clan hace muchos años. Aunque mantenga mi apellido, todos sabemos que los Sombras Verdes no tenemos clan ni familia y, por supuesto, no te debemos lealtad, ard'ain.

El título sonó a insulto en su boca. El guerrero de las dos espadas inspiró audiblemente y apretó los puños, como si estuviese haciendo acopio de todo su autocontrol para no abalanzarse sobre ella. El ard'ain la miró estrechando los ojos, se ajustó el puño de su camisa durante unos segundos y después miró a la otra mujer.

—No he venido hasta aquí para discutir o para que nos faltemos al respeto. He venido porque la tradición dicta que cualquiera de los thains puede acudir a vosotras en busca de guía. Y hoy es solsticio de verano. Estoy aquí para pedir os consejo, nigheanain.

Ceala enarcó las cejas.

—Ningún ard'ain había acudido a nosotras en busca de consejo desde, al menos, la Guerra del Lirio y la Rosa. Y desde los tiempos en que tu tío ocupaba tu cargo, no somos bienvenidas en la *civilización*. ¿Qué ocurre, Teorann? ¿Acaso ninguno de los tres dioses norteños contesta a tus plegarias?

—Los hijos de Moradh adoran a muchos dioses, Ceala. Mi fe o la opinión que me merecéis carecen de importancia en comparación con las necesidades de Moradhair. He venido ante vosotras para solicitar con humildad que intercedáis por mí ante los Mor'aew'Gail.

Ceala frunció el ceño y miró hacia los jinetes que esperaban bajo la colina, junto a sus monturas. El resto de las mujeres los observaba a una distancia prudencial, en algunos casos con miedo en sus rostros.

—Necesitas aprender con urgencia una lección sobre lo que es la humildad, Teorann. Pero, dime, ¿qué es eso sobre lo que necesitas nuestra guía?

—Hace dos días llegó un mensaje de Isgarad. Cuando dábamos por hecho que se iba a producir la guerra, cuando ambos bandos comenzábamos a fortificar las fronteras, anuncian que quieren la paz. No tiene ningún sentido.

—Las nigheanain no estamos interesadas en guerras ni conflictos.

El ard'ain hizo un gesto brusco con la cabeza, contrariado. Después señaló hacia el horizonte, hasta el extenso bosque sumido en la penumbra.

—Pero supongo que sí estaréis interesadas en hombres con hachas y con antorchas. Si hay guerra, puede que el bosque no salga indemne. Sois parte de Moradhair, os guste o no.

—Eso es indiscutible —declaró Ceala, tras unos momentos, con una mirada fría—. Ven,

acércate al Claorysidh y veamos si los espíritus tienen un mensaje para ti.

La líder de las nigheanain y el ard'ain de Moradhair caminaron juntos hasta el árbol. Shildan y Connluar permanecieron frente a frente, sin quitarse ojo mutuamente ni dejar de vigilar a sus líderes. Una brisa nocturna, suave y refrescante, se levantó mientras se acercaban al grueso tronco. Bajo la colina, hombres y mujeres, separados por una veintena de pasos, dejaron de prestarse atención entre sí y levantaron la mirada, en silencio, para ser testigos de lo que iba a suceder a continuación.

Ceala le tendió la mano al gobernante de Moradhair, sin una palabra, y este la tomó con una de las suyas. La mujer empezó a canturrear con una voz profunda que se extendió por el lugar y acalló los murmullos de los hombres. Su voz se elevaba y bajaba de tono y pronto fue acompañada por la brisa que creció hasta convertirse en un viento que, sin embargo, no emitía sonido alguno. Las ramas del Claorysidh se mecían siguiendo los embates del viento y pronto comenzó a caer una pesada lluvia sobre ellos.

—¿Qué...? —empezó a decir Teorann, pero entonces Ceala cesó su cántico, le soltó la mano y lo conminó a callar con un gesto.

—Hay oscuridad en tu futuro, ard'ain, eso te lo puedo asegurar —dijo la líder de las nigheanain—. Deberás tomar una decisión. Si confías en lo que crees que es mejor para Moradhair y para ti, correrán mares de sangre y todos perderemos. Si tomas otra decisión, la que va contra todo lo que crees, y recuerdas cuál es tu lugar, serás traicionado, correrán ríos de sangre y tú perderás mucho.

Teorann agitó la cabeza, como si negase las palabras de la mujer. Después suspiró mientras la lluvia lo calaba hasta los huesos.

—Esto ha sido una estupidez. Debí saber que no ibais a ayudarme.

Ceala esbozó una mueca despectiva.

—Tú, como la mayoría de los hombres, no buscas ayuda, sino que reafirmemos el camino que deseas escoger de antemano. Los espíritus saben que eres un hombre inflexible, Teorann, y que prefieres romperte a doblarte.

—¡Soy el ard'ain de Moradhair! —bramó el hombre perdiendo la compostura por primera vez—. Si debo ser inflexible, lo seré. Y ni tú ni nadie me va a decir cómo he de gobernar a...

El ard'ain calló cuando comprendió que la nigheanain no le prestaba atención. Ceala miraba hacia Shildan, que avanzaba hacia el tronco del árbol. Muchas de las flores del Claorysidh comenzaron a caer, cercenadas por la lluvia. La nigheanain levantó su mano derecha, con la que había atrapado una de las flores, con expresión incrédula.

Shildan se detuvo ante los dos, con el rostro aún marcado por el barro y una expresión vacua en el rostro.

—Debemos cantarle al cautivo su canción para que siga soñando o el ciclo se romperá, pero sólo lo lograremos si abrimos su prisión —dijo y calló llevándose una mano a la boca.

Ceala dio un respingo, sorprendida, se adelantó y la tocó.

—Niña, ¿estás bien?

Shildan asintió en silencio. Parecía conmocionada.

El ard'ain dio un paso atrás y señaló hacia las flores caídas.

—Y ahora diréis que esto es un mal augurio. No he obtenido nada de vosotras, tan sólo oscuras advertencias y supuestas palabras de los espíritus que buscan provocar el miedo y la preocupación en mí. Pues no voy a doblegarme ante vosotras, nigheanain —masculló el ard'ain—. Me río de vuestros presagios y de vuestras tradiciones. ¡Venir aquí ha sido un error!

El ard'ain se volvió, con gesto iracundo, y empezó a bajar colina abajo seguido por su escolta, Connluar. La lluvia cesó entonces tan abruptamente cómo había empezado.

Shildan parpadeó y lo siguió con la mirada.

—Teorann siempre fue un presuntuoso que se creía más listo que los demás —comentó en voz baja.

—Tiene miedo —dijo Ceala sin dedicarle una mirada al hombre—, y hace bien en tenerlo. El presagio que hemos visto... lo que has dicho...

Shildan se volvió hacia ella, con expresión asustada.

—Oí una voz que me decía esas palabras y... me limité a repetirlas.

—El Claorysidh nos avisa, a través de ti.

Consiguió que sus palabras no dejaran entrever la inseguridad que eso le provocaba. ¿Por qué los espíritus no habían hablado a través de ella o de cualquier otra de sus hermanas? ¿Por qué lo habían hecho a través de aquella mujer impetuosa, rebelde y escéptica que ni siquiera era una nigheanain? A pesar de aquella ceremonia, los naltuig no tenían ningún vínculo, más allá del meramente simbólico, con los espíritus.

Aquello la atemorizaba casi tanto como ver al Claorysidh casi totalmente despojado de su manto de flores.

—¿De mí? No, yo no tengo nada que ver —negó Shildan.

Ceala volvió a tocarle el rostro al ver que las manchas oscuras que el barro había dejado en su rostro seguían allí, a pesar del chaparrón que acababa de caer. No fue capaz de borrarlas. El rostro de Shildan había quedado pintado, casi como si fuese un tatuaje, con seis líneas que recorrían sus mejillas, desde la comisura de los labios hasta las sienes.

—Me temo que los Mor´aew´Gail te han marcado y ahora les perteneces.

La pelirroja torció el gesto, se arrancó algunas de las flores azules que se habían quedado enredadas en su pelo y las estrujó con rabia en uno de sus puños. No obstante, Ceala fue capaz de ver el brillo que apareció súbitamente en sus ojos.

Los espíritus habían hablado, y les daba igual los deseos de los mortales.

PRIMERA PARTE: UN MUNDO CRUEL

¡El rey Bedius lo ordenó, os lo juro! El sanador Dolfert me instruyó para hacerle los sangrados a lady Maerill. ¡No podía negarme! Le dábamos hierbas que sabíamos que no la curarían y que aumentarían sus dolencias. La azotábamos con ortigas rojas y la punzábamos en la espalda. Debéis entenderlo. Algunos decían que ella era la causante de la propagación de la Plaga por nuestras tierras, que era una impía extranjera casada con el príncipe Arvius. Mi maestro tenía instrucciones para que su alteza no encontrase ningún alivio y sufriera lo indecible. Yo sólo era un aprendiz y debía acatar las órdenes de mi patrón, ¿lo comprenden? Explíqueme al noble rey Arvius que fue su padre el que nos lo ordenó. ¡Piedad, mis señores!

Confesión de Landar, aprendiz del maestro sanador Dolfert. Libro tercero del registro de interrogatorios del maestro interventor Tagast.

1. Desde el fondo de un pozo

Terion tomó una antorcha y fue tras el carcelero, evitando pisar el cadáver de una rata a medio descomponer. El guardia había intentado cruzar varias frases con él, pero, tras recibir como única contestación por su parte un gélido silencio, había optado por callar. Ahora se limitaba a guiarlo por las húmedas entrañas de la roca. Las celdas que iban dejando atrás estaban, en su mayor parte vacías, pero de vez en cuando vislumbraba a algún famélico y asustado prisionero que apartaba la mirada, cegado por las luces.

Las mazmorras bajo el castillo Elimor, excavadas dentro del acantilado sobre el que se erguía el castillo, tenían una fama terrible. La humedad y la oscuridad constantes acababan por enfermar a los prisioneros. Pocos solían sobrevivir allí abajo más de uno o dos años si eran muy afortunados.

«Padre solía tenerlas llenas a rebosar», pensó mientras se agachaba para traspasar un dintel bajo. Al menos eso era lo que tenía entendido. Toda una vida atrás, cuando había sido Therius Vain Landaver, primogénito del rey Bedius, jamás había puesto un pie en este lugar. Un sitio así no era merecedor de la preciada atención del príncipe.

El corredor por el que caminaban terminaba en una sólida puerta remachada de metal, seguida de unas escaleras que bajaban en una suerte de espiral hacia las profundidades de la roca. Calculó que aquella especie de pozo tendría unos ocho metros de diámetro. De las profundidades llegaba el furioso rugido del mar al romper contra el acantilado. Terion echó un vistazo a la oscuridad de abajo y detuvo al carcelero, que ya empezaba a bajar.

—¿Por qué está aquí y no con los demás?

—Órdenes —dijo de forma rutinaria, pero al ver la expresión gélida en el rostro de Terion carraspeó, nervioso—. Aquí se confina a los prisioneros más peligrosos..., mi señor.

Era obvio que el guardia no sabía qué tratamiento usar con él. Debía de estar preguntándose, como tantos otros habitantes de Derand, si el hermano exiliado del rey volvía a ser un Landaver o no. Terion también se lo preguntaba.

—Está bien. Sigamos.

Bajaron, antorcha en mano, por las escaleras que al final eran meros escalones tallados en la roca. Aquel lugar era húmedo y frío. De tanto en tanto unos andamiajes de madera surgían de entre las sombras, anclados a salientes rocosos de la pared del pozo. Sobre ellos, en unas tarimas de madera, vio cepos, aspas, cadenas y grilletes oxidados. Observó todo aquello con una ira sorda surgiendo dentro de él. No tenía ni idea de que aquel lugar pudiese existir bajo las entrañas del castillo y el mero hecho de constatarlo le hacía bullir la sangre. En ese momento trastabilló y a punto estuvo de caer a la negrura del pozo de abajo. El carcelero se volvió, sobresaltado.

—Tened cuidado, mi señor. Estos escalones son traicioneros y la caída os mataría.

Terion gruñó algo como respuesta y lo conminó, con un gesto, a seguir bajando. Mucho más abajo, en lo que parecía el final del pozo, le pareció ver un tenue resplandor, pero con la luz de la antorcha tan cerca de su rostro le fue imposible asegurarlo. Allí abajo las olas rompían con furia y escuchaba como el agua salpicaba contra las rocas. El carcelero, del cual no sabía su

nombre, se detuvo en lo que parecía ser el último escalón e hizo un gesto con la cabeza hacia otra plataforma de madera.

—Es aquí.

—Está bien. Puedes irte.

—Eso no es lo que...

Terion acercó su rostro al del guardia.

—Puedes irte —repitió muy despacio—. Le he dado mi palabra al rey de que acataré las leyes de Isgarad y yo siempre cumplo mi palabra.

El carcelero asintió, incómodo, y Terion se pegó contra la roca para dejarlo pasar. La luz empezó a circunvalar el enorme pozo, ascendiendo hasta la zona de las mazmorras. Terion puso el pie sobre la pasarela de madera, que crujió bajo su peso. Miró hacia abajo y esta vez entrevió al fondo una gruta sumida en la semioscuridad donde, a intervalos regulares, unas enormes olas rompían con violencia. Sabía que bajo los acantilados de la parte alta de la ciudad había grutas y cavernas, horadadas por la fuerza incansable del mar, pero no tenía ni idea de que las mazmorras del castillo estuviesen conectadas con una de ellas.

Echó a andar con cuidado, escudriñando la plataforma. Entre las sombras vio un poste de madera y a un hombre encadenado a él. Dio otro paso en su dirección y la madera crujió audiblemente.

—Ten cuidado, viejo amigo. Algunas de las tablas están podridas y me han dicho que la caída hasta las rocas de abajo no es agradable.

La voz era la de Vaelmir. Terion pisó con cuidado y se acercó a él. Tenía las manos encadenadas en la parte de detrás del poste y otros grilletes mantenían sus pies anclados al suelo. Tenía la ropa hecha jirones y el rostro hinchado y lleno de sangre seca. Mantenía los ojos cerrados, cegado por la luz de la antorcha. En su pecho se veían las runas grabadas a fuego, así como otras cicatrices, la mayoría viejas junto a otras recientes. Su amigo olía a sudor y heces.

Terion vio una abrazadera metálica en otro de los postes y dejó allí la antorcha.

—¿Qué te han hecho? —murmuró Terion entre dientes.

Era una pregunta retórica, pero Vaelmir soltó una risita al escucharla.

—Ya sabes, lo habitual. En realidad, me estaban tratando bien hasta que bajó un caballero, un tal Morin, a verme. Quiso quitarme mi anillo y no me lo tomé muy bien, así que le escupí, con muy buena puntería, en uno de sus ojos. Él, por lo visto, se lo tomó peor que yo y me rompió la muñeca. Y ya sabes cómo va esto; una vez empiezas a romper huesos, es difícil saber cuándo parar.

Terion torció el gesto y se acercó más a él mientras la plataforma crujió. La muñeca de la mano derecha de su amigo estaba hinchada y oscura. El grillete se le clavaba en la carne y un hilo de sangre le resbalaba brazo abajo. El anillo de oro y de esmeralda ya no estaba en su dedo. Cuando volvió a mirar a Vaelmir al rostro, este le devolvió la mirada, con sus ojos ya acostumbrados a la nueva luz.

—Arvius me aseguró que no habría torturas.

—Algo me dice que no deberías confiar en sus promesas.

—Esto no quedará así. Este lugar es monstruoso. No pueden tenerte aquí.

Vaelmir alzó la mirada y miró hacia donde, treinta metros más arriba, se veía la lejana y pequeña luz proveniente de la entrada de las mazmorras.

—En cierto modo es un honor. Cuando era joven oí hablar de este lugar. Dice la leyenda que lo encontró el propio rey Elimor, mientras los obreros construían los cimientos de su castillo. Al parecer los escalones ya estaban tallados en la roca cuando lo encontraron —dijo levantando las cejas, cómo si dudase de esa parte de la historia—. En cualquier caso, se decidió usar este lugar para confinar a los peores criminales de Isgarad. Hay una buena caída hasta las

afiladas rocas de abajo y el mar entra con tanta fuerza que a veces llegan las salpicaduras hasta aquí, cuando la marea está alta.

—Pues ya sabes más que yo al respecto —comentó Terion—. Pero no he bajado hasta aquí para que me des una lección de historia.

—¿Y entonces para qué has bajado? Porque dudo que sea para informarme de que tu hermano va a liberarme.

Vaelmir acomodó el peso del cuerpo en uno de los pies con un gesto de dolor en el rostro. Terion suspiró, sintiéndose impotente. Estar encadenado a un poste durante una semana debía de provocarle un dolor atroz, pero el norvadoreano lo soportaba con estoicismo.

—Para... —Se detuvo, indeciso. ¿Para qué, realmente?—. No, me temo que no te liberará hasta que se celebre un juicio.

Vaelmir lo observó, volvió a cambiar el peso del cuerpo apretando los dientes, y preguntó:

—¿Qué te preocupa? Vamos, cuéntame lo que sucedió tras mi arresto durante la Noche de las Tres Victorias.

Terion empezó a relatarle los acontecimientos de esa noche. Le contó que Arvius había decidido detener la guerra contra Moradhair hasta averiguar más del posible ataque de los tarkesios. También le habló de cómo había desvelado la verdadera identidad de Kirius y la conmoción que eso había causado en los presentes. Por último, le relató como Alladius, el Preceptor de los Caballeros del Lirio, le había contado a Kirius lo sucedido entre él y sus padres, casi dieciocho años atrás.

—Lo volvió en mi contra —dijo Terion, sintiendo reaparecer la ira sorda que notaba creciendo en su interior desde unos días atrás—. Le explicó las cosas de tal manera que...

—Terion —interrumpió Vaelmir con voz suave—. Le contó la verdad y el chico merecía saberla.

Terion le lanzó una mirada gélida.

—Yo se lo iba a contar en cuanto las cosas se calmasen. Estaba esperando a...

—¿Al mejor momento?

—Sí. ¿Es que acaso vas a juzgarme tú también? —le espetó, iracundo.

Vaelmir permaneció en un tenso silencio, aunque una mueca de irónica desaprobación se formó en su rostro. Terion lo miró y de repente vio lo que estaba haciendo, una vez más. Estaba pagando con su amigo, atado y torturado en este lugar terrible, sus tribulaciones internas. Y lo estaba haciendo con el único objetivo de no mirar en su interior y aceptar todo el daño que se había causado a sí mismo y a los demás.

—Lo siento, Vael —se disculpó Terion mientras daba unos pasos inseguros y apartaba la mirada—. Al final ha ocurrido lo que tanto temía. He conseguido que Kirius haya acabado odiándome porque... nunca he sabido querer a nadie.

—No te castigues de esa manera. Sabíamos que la verdad sería muy difícil de asumir para el muchacho. Pero debiste ser tú quien se lo contara, Terion, y debiste hacerlo aquel día en Ishmer, cuando nos sinceramos con él. Era mucho peor enterarse por otra persona y más de labios de un cabrón despreciable como Alladius.

Terion asintió con la cabeza, sin apenas fuerzas, y se dejó caer de rodillas con lentitud. La madera de la plataforma crujió y se movió de forma muy poco tranquilizadora.

—¿Crees que no lo sé? Lo intenté, pero no fui capaz. Sabía que me odiaría por lo que les hice a sus padres, por lo que fui, por lo que sigo siendo a pesar de lo mucho que lo detesto. ¿Qué sentido tiene nada ahora? Lo he perdido, Vael... Lo he perdido.

Sintió las lágrimas caer por sus mejillas y entonces supo que no era ira lo que llevaba sintiendo desde aquel día, sino una pena profunda e inabarcable. Una familiar sensación de vacío y derrota que creía haber desterrado para siempre, pero que resurgía con fuerza. La dejó

salir sin reservas, derrotado.

—¡No! No quiero volver a verte así —dijo Vaelmir echando el cuerpo hacia delante con un tintineo de las cadenas—. Cuando te marchaste a Tarkesia estabas roto, pero allí encontraste paz y un propósito. No eches a perder todo cuanto aprendiste durante esos años.

—Era la promesa de cuidar de él lo que me daba fuerzas —protestó el orgulloso príncipe entre lágrimas—. El día en el que supe que el niño había sobrevivido y, meses más tarde, cuando recibí tu mensaje contándome cómo los habías encontrado en Merethia comprendí que podía arreglar el daño que había hecho. Pero ahora..., ahora ya nada tiene el menor sentido.

Vaelmir hizo un chasquido con la lengua, exasperado.

—Quizá el muchacho te odie hoy, mañana o para siempre, pero tendrás que aprender a vivir con ello. Te va a necesitar más que nunca, Terion. No puedes darle la espalda ahora, ni a él ni a tu promesa de protegerlo.

Terion observó al otro hombre en silencio, y se limpió las lágrimas que ya se enterraban en su barba. Vaelmir tenía razón, como solía ser habitual. Siempre había sabido qué decir y cómo hacerlo para convencerlo. Por algo era su más antiguo y último amigo.

—No será fácil. Kirius no quiere verme ni hablar conmigo.

—Pues encuentra la manera. Si no lo ayudas, se lo van a comer vivo.

Terion asintió y se incorporó. Abajo las olas rompían con más fuerza.

—Lo haré, de una forma u otra.

—Bien. Me gusta cuando estás centrado y vuelves a poner esa cara de Landaver estirado e insoportable —dijo Vaelmir sonriendo—. Dime, ¿cómo están las cosas con tu hermano?

Terion dirigió la mirada hacia arriba durante un segundo.

—No lo sé. Apenas hemos hablado desde aquella noche, excepto para rogarle que me dejase bajar a verte. Me ha ofrecido su hospitalidad, pero me trata con frialdad y me tiene controlado. Dice que está muy ocupado con todo el asunto de la tregua con Moradhair, consultando a sus aliados sobre los movimientos de los tarkesios y con... la vuelta del último de los Brinnair.

—¿Qué crees que trama? ¿Intentará manipular a Kirius?

—Ojalá lo supiera, pero me doy cuenta de que apenas conozco a Arvius —masculló Terion—. Mi padre veía a los Brinnair como a sus mayores rivales. La única de las Grandes Familias que podía hacerle sombra y que se oponía a su forma despótica de gobernar. Tiempo atrás no era así, los Brinnair eran considerados excéntricos, peculiares, algunos de ellos locos, pero el abuelo de Kirius cambió eso. Gadius Liam Brinnair fue uno de los treinta y cinco que fueron a la montaña para abatir a Myrkhonos y fue el único isgario que sobrevivió. Se convirtió en un héroe.

—Sé la historia —comentó Vaelmir—. La influencia de los Brinnair creció muchísimo y Gadius, junto a Marcus Gair Dorial, se opuso a muchos de los disparates de tu padre. Pero Marcus murió durante el Tercer Azote y su hijo, Alladius, no era como él.

—Y entonces Gadius se quedó solo. El único de los altos odhalts que se oponía al rey. No puedes ni imaginarte cómo lo odiaba mi padre, pero los Brinnair eran intocables, incluso para él. Cuando Malken llegó y los mató a todos, incluso a las mujeres y a los niños, le ahorró el trabajo. Sé de buena tinta que él soñaba con hacer lo mismo.

Vaelmir se movió un poco, buscando acomodarse mejor, y gimió de dolor. Terion arrugó el gesto al oírlo. Tenía que haber algo que él pudiese hacer para ayudarlo.

—Sin ánimo de ofenderte, Terion, pero tu padre era un auténtico hijo de puta.

«Como lo fui yo durante todos aquellos años —pensó Terion—. Hasta que vi la tumba de Elizheva y el hombre agonizante que ella había elegido amar me contó el dolor que albergaba en su corazón antes de morir. Hasta que, de alguna forma, aquello me hizo verme reflejado en

un espejo y me di cuenta de qué clase de monstruo era yo».

Terion asintió con expresión lúgubre, pero no dejó traslucir de ninguna otra manera en qué estaba pensando.

—Por suerte mi padre está pagando por lo que hizo en el Myrkaul y quizá Arvius sea el menor de nuestros problemas. Alladius es casi tan retorcido como lo era Bedius y quiere la guerra con Moradhair a toda costa para vengarse por lo que le hicieron allí y por la muerte de su esposa. Anaricus y su familia también tiene muchas cuentas pendientes con los moradheanos. Y con respecto a Raganis y los Reindren..., aún no lo he visto, pero me fio de él menos que de ninguno.

—Y haces bien. Raganis controla a los interventores y esos cabrones no se andan con tonterías. He tenido que salir huyendo en mitad de la noche más de una vez para que no me cogieran; llevo años esquivándolos.

—Son demasiados rivales que vigilar —dijo Terion con voz frustrada—. Y sé que en unos pocos días el rey lo enviará a Midel para que tome posesión de su heredad. No sé qué hacer para ayudarlo.

—No vas a poder hacerlo si no consigues que tu hermano te reconozca y restablezca aquellos derechos a los que renunciaste.

Terion agitó la cabeza con desgana.

—No creo que lo haga. No se fía de mí y me odia por lo que le hice en el pasado.

—Terion, os conocí a ambos en los viejos tiempos y créeme: tu hermano te adoraba. En algún lugar en su interior, una parte de él aún sigue sintiendo eso por ti. Tienes que conseguir su confianza si es que quieres ayudar a Kirius. En Midel va a estar muy solo, excepto por...

—Dyan —intervino Terion—. ¿Crees que podemos confiar enteramente en él?

Vaelmir sonrió con desgana y movió los dedos de los pies descalzos. Los grilletes se cerraban con fuerza en sus tobillos.

—¿Enteramente? No. Apareció de la nada y sé que sabía algo sobre Kirius desde el principio. La Iglesia de los Tres también tiene interés en él. Sabes que no sólo en Isgarad circulan leyendas sobre Kiran Brinnair y sus descendientes. Pero lo que de verdad me inquieta es lo de ese otro sacerdote que iba con él. Llevaba uno de esos cuervos tatuado.

—Un miembro del Culto de la Noche, como Keilan —afirmó Terion—. Los mismos que ayudaron a Malken a escapar cuando se reveló como el traidor leal a Tarkesia que es.

—Así es. El Culto debería ser tu principal preocupación, amigo. Si buscan la muerte de Kirius... Incluso aquí tienen poder, como ya hemos visto. Cualquiera puede ser uno de ellos.

—Lo sé, lo sé —suspiró Terion y miró hacia arriba al percatarse de que unas luces bajaban lentamente siguiendo la espiral de las escaleras.

Vaelmir lo imitó y torció el gesto.

—Alguien de más autoridad habrá pensado que es mala idea dejarte a solas con su prisionero más famoso y, a la sazón, amigo tuyo.

—Aún no he acabado —dijo Terion con voz fría—. Arvius sabrá de esto.

—Es probable que sigan órdenes de tu hermano. No importa. Tenemos poco tiempo, así que dime: ¿podrás mantener la tregua con Moradhair?

Terion asintió con vehemencia.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que sea así.

—Bien. Una última cosa. ¿Qué perspectivas tengo de salir con vida de aquí?

La voz de Vaelmir reflejaba bien que no creía que fueran muchas. Terion permaneció en un incómodo silencio durante unos instantes.

—Pocas. No parece que el juicio vaya a celebrarse pronto y no tienes ningún apoyo en Isgarad. Todos dan por sentado que tú fuiste quien conspiró para tender una trampa a nuestros

dignatarios y empezar la segunda guerra contra Moradhair. Te desprecian y quieren verte muerto.

Se odió por decirlo de una forma tan cruda. Vaelmir asintió, tranquilo.

—Era de esperar. Márchate y haz todo lo que puedas por el muchacho. No sé si esas leyendas que cuentan de los Brinnair son una gilipollez o no, pero odiaría que le pasara algo. Cuida de él.

Terion asintió y volvió a levantar la vista. Las luces quedaban semiocultas por las estructuras de madera suspendidas sobre sus cabezas, pero ya estaban a medio camino. Después miró a Vaelmir, indeciso, y se acercó a darle un abrazo. Su amigo se encogió, dolorido, entre sus brazos.

—Vamos, Terion, ¿qué estás haciendo? —dijo con una mueca, pero su voz sonó un tanto vacilante—. Voy a pensar que la edad te está ablandando.

—Quizá. Espero que puedas perdonarme, viejo amigo. Por todo el daño que te haya podido causar. Por no haber podido evitar que hayas acabado aquí.

La expresión de Vaelmir se volvió seria.

—Tú no eres el culpable de esto. Quizá yo tampoco lo sea ni los dioses que se empeñan en reírse de mí... —calló y volvió a sonreír—. Las cosas son como son. Pero voy a pedirte un último favor, Terion. Espero que puedas recuperar mi anillo. Sabes que le tengo mucho cariño y odio la idea de que esté en el dedo de un imbécil como ese tal Morin. Si yo no puedo tenerlo, prefiero que te lo quedes tú.

Terion se separó de él y asintió. Sabía que el anillo había sido el regalo de una persona que había significado mucho para el habitualmente cínico e inconstante Vaelmir. Una mujer que evitaba mencionar, pero que Terion sabía que seguía muy presente en su corazón. Si no otra cosa, podía comprometerse a hacer eso por su amigo.

—Lo recuperaré, te lo prometo.

Los ecos de las pisadas de los carceleros que bajaban se hicieron más fuertes, lo suficiente para que las oyesen en los intervalos que las olas no rugían a sus pies. Terion se volvió sólo para ver al carcelero seguido de dos hombres más. Uno de ellos era el capitán de la guardia a cargo de las mazmorras y su rostro era adusto.

—¿Venís a escoltarme? Bien, porque ya estaba a punto de marcharme —anunció Terion con indiferencia antes de que el oficial pudiese hablar.

Se volvió una última vez hacia su amigo. Vaelmir lo miraba con una expresión serena.

—Adiós, viejo amigo —dijo Vaelmir.

Terion cogió la antorcha, incapaz de contestarle, y fue hacia los hombres que lo esperaban en los primeros escalones. Mientras los seguía en silencio maldecía una y otra vez a su amigo, por esa actitud estoica que mantenía, a él mismo, por no ser capaz de sacarlo de ese embrollo, y a esa incómoda sensación que no lo abandonaba y que le decía que su encuentro no había sido otra cosa que una última despedida.

Una hora después un sirviente llegó a sus habitaciones para llevarlo ante el rey. Su sorpresa fue mayúscula cuando el hombre lo guio a través de un jardín interior y subieron a lo alto de los muros que rodeaban la parte exterior del castillo. Daba por sentado que su hermano querría recibirlo en la sala del trono. Arvius lo esperaba, solo, en la parte más occidental de las murallas, la que se elevaba sobre el acantilado con vistas al enorme océano. El rey vestía de forma sencilla y se había arremangado las mangas de su camisa. El día era caluroso, propio del verano.

Terion se acercó a él después de que el sirviente se despidiera con una reverencia.

—Arvius —dijo e inclinó brevemente la cabeza ante él.

Su hermano lo miró y no dijo nada, sino que siguió observando el lejano horizonte azulado del mar.

—Me diste tu palabra de que respetarías la ley de Isgarad y de que no ayudarías a escapar a ese criminal que llamas amigo.

El rey habló con voz mesurada, sin mirarlo. Terion se quedó a su espalda.

—Y he cumplido mi palabra, hermano.

—Has hablado con él a solas. No volverás a verlo nunca más.

Terion dio un paso adelante, iracundo. Arvius se volvió como un rayo.

—Cuidado —dijo e hizo un gesto hacia la torre de vigilancia que se erguía a su derecha. Terion levantó la vista y vio el brillo del acero en el tejado—. Mis hombres pueden malinterpretar cualquier gesto impulsivo por tu parte y te aseguro que son buenos con el arco y la ballesta.

Terion inspiró profundamente y retrocedió dos pasos.

—¿Aún crees que he vuelto para robarte la corona? —Arvius se mantuvo en silencio, ignorándolo a propósito—. Piensa lo que quieras, pero no he faltado a mi palabra. Si quieres saber de qué hablamos Vaelmir y yo, pregúntamelo. No tengo nada que esconder. Tú, en cambio, me has mentido. Me aseguraste que no lo torturarías y que lo querías con vida hasta que llegase su juicio. No es eso lo que he visto hoy.

—¿De veras? Si alguien ha contravenido mis órdenes, me enteraré. No quiero que tu amigo muera antes de su juicio. Debe ser mi verdugo el que dé ejemplo con él en la Grada Roja.

La voz de Arvius sonó inflexible y cruel. Terion sabía bien que lo estaba provocando.

—En ese lugar en el que lo has confinado va a morir mucho antes de su juicio. Y más si permites que caballeros como ese tal Morin bajen a propinarle palizas.

—Morin es de la familia de Anaricus. Perdió a un hermano durante la matanza de Alveran, orquestada por el conde Vaelmir. Tiene derecho a odiarlo, Terion, pero te doy mi palabra de que ni él ni nadie volverá a hacerle daño. Te seguro que tu amigo llegará con vida a su juicio.

—¿Que se celebrará...?

Arvius hizo un gesto vago con la mano y se volvió hacia el mar, una vez más.

—Ahora hay cosas más urgentes, ¿no crees? He conseguido tiempo para reevaluar cómo vamos a afrontar la amenaza del Dominio. No será fácil aplacar a los altos odhalts, pero tú vas a ayudarme relatándoles lo que has visto durante tus años de exilio en Tarkesia.

Terion desvió la mirada hacia lo alto de la torre de guardia y se acercó despacio hasta su hermano. Se colocó a su lado, frente al infinito mar del Ocaso, aunque miraba hacia Arvius.

—¿Sospechas que voy a intentar lanzarte por el acantilado, pero aun así me crees cuando digo que Tarkesia se prepara para invadirnos?

—Mi deber es sopesar todas las posibilidades —afirmó Arvius—. En esta semana he consultado a algunas de mis fuentes de información y ven tu relato como muy plausible. Y si sospechase que quieres matarme, le estarías haciendo compañía a tu amigo. Sólo soy precavido con un foráneo que acaba de llegar y del que aún no sé sus intenciones.

Terion lo miró con los ojos chispeando de furia. Su hermano se estaba comportando como un niño malcriado, pero era el rey y esa era una prerrogativa que ellos tenían. Además, sospechaba que sólo lo hacía para sacarlo de sus casillas y dejarlo en evidencia.

O quizá simplemente lo odiaba.

—Si pensaras que soy un foráneo, no estaría aquí hablando contigo —dijo Terion, con voz fría—. Somos hermanos, te guste o no, y si me conoces un poco sabrás que jamás hubiese vuelto a Isgarad sino fuera por algo tan grave como lo que vi en la lejana Tarkesia.

Arvius le devolvió una mirada tan fría como la suya y después volvió a contemplar el mar.

Terion inspiró, intentando mantener el control, pero ese hombre en que se había convertido su hermano empezaba a exasperarlo profundamente.

—Dicen que estuvieron a punto de tomar Derand —comentó de pronto el rey—. Los tarkesios tenían más de cuarenta navíos fondeados frente a la isla de Lebreis, en la entrada de la bahía, y el grueso de sus fuerzas estaba a punto de tomar el castillo de Erym, a menos de tres días de aquí. Gran parte de Isgarad estaba ya bajo su poder. Moradhair era suya y Merethia apenas resistía.

—Ishmer estuvo en su poder durante más de un año —intervino Terion—. Prácticamente nos derrotaron.

Arvius se volvió hacia él. Ya no había rastro de su tono ácido.

—Crecí escuchando las historias de la Guerra del Lirio y la Rosa y todas me daban pavor. Los ejércitos tarkesios eran abrumadores, decían, y luchaban como demonios. Pero lo peor es que era cierto, los sinluz combatían con ellos y causaron una devastación y un terror entre los nuestros que más de doscientos años después aún se recuerda. ¿Es a eso a lo que nos vamos a volver a enfrentar?

Terion abrió la boca para negarlo, pero entonces recordó lo sucedido unos meses después de llegar a Tarkesia, cuando su única meta en la vida era encontrar a Malken y matarlo.

—Quizá sí.

Arvius asintió con un rostro que se ensombrecía por momentos.

—Y es justo por eso por lo voy a necesitarte, a ti y a cada hombre capaz de sostener una espada. —El rey echó a caminar de improviso, invitando a su hermano con un gesto a que lo siguiera—. Mañana celebraremos un Consejo Real aprovechando que los cuatro altos odhalts siguen en la ciudad, a petición mía. Tú también asistirás y nos hablarás de la amenaza tarkesia y de lo que sepas del traidor, Malken.

Terion asintió mientras se acercaban al cuerpo principal del castillo pasando por encima de una puerta de rastrillo. En el nivel del suelo, sirvientes y soldados atendían sus quehaceres.

—Es para lo que he venido; para convencerlos de que el peligro es real.

—Sí, pero no es ese el único motivo para tu vuelta, ¿verdad? Trajiste contigo al último de los Brinnair, a Kirius.

Terion espío a su hermano, pero ni su voz ni su rostro dejaban traslucir nada.

—Se lo debía a él y a sus padres.

Arvius asintió mientras subían los escalones que los llevaban a un nivel superior de los tejados del castillo, junto a una de las cinco torres menores de la fortaleza.

—Fue una desgracia lo que le ocurrió a los Brinnair y haré lo que esté en mi mano para subsanarla. Pero esto vuelve a alterar el equilibrio de poder en el reino y no sé si los otros altos odhalts estarán tan complacidos como yo con la idea de su vuelta.

Terion alargó la mano y retuvo a su hermano. Arvius se volvió con una expresión gélida al sentir su contacto.

—Debes proteger a Kirius —le dijo Terion con un tono desesperado en la voz—. Esos que compartirán mesa con él en el Consejo Real son los mismos que ayudaron a padre a hostigar a Dalien y Elizheva.

—Las cosas ya no son como cuando vivía padre —le espetó el rey con voz desdeñosa—. Seguimos despreciándonos los unos a los otros y jugando a nuestros juegos de poder, pero ahora somos civilizados.

Terion le lanzó una mirada incrédula.

—El muchacho estará bien. Durante esta semana lo he mantenido apartado en el castillo para que las cosas no le resulten tan abrumadoras. He nombrado a Gendhar Arstal como su tutor hasta que aprenda nuestros usos y costumbres.

«Podría ser peor —pensó Terion—. Los Arstal eran una de las familias más fieles a los Brinnair en tiempos de Gadius. Aunque, por desgracia, las cosas han cambiado mucho en estos años. Quién sabe qué intereses deben de tener ahora».

—Tenía entendido que padre había cedido el castillo Erym de los Brinnair a los Arstal poco después de mi marcha.

—Así es, pero Gendhar ha mantenido su vieja residencia en la isla Sila. Decía que los espíritus de los Brinnair seguían allí, atados a aquel lugar que los había visto morir —dijo Arvius con voz seria. Terion lo miró, preocupado—. Conozco bien a Gendhar, Terion. Al contarle que un Brinnair había vuelto ha sido la única vez que lo he visto mostrar alegría en años. Será un gran apoyo para el chico.

—Eso espero... —Terion carraspeó, indeciso—. ¿Cómo está?

Arvius le lanzó una mirada de soslayo y esbozó una breve sonrisa.

—Me preguntaba cuanto más tardarías en preguntármelo. He hablado con él varias veces durante esta semana. El muchacho es reservado, eso está claro, pero se lo está tomando todo de una manera admirable.

«Lo dudo. Kirius no es fácil de conocer y, desde luego, esconde bien sus verdaderos sentimientos».

—¿Ha dicho algo de mí?

Arvius se detuvo junto a unas almenas que daban a un gran patio interior ajardinado, al otro lado de la enorme torre central de planta circular. Le señaló con la cabeza a dos personas que paseaban entre los árboles frutales, no lejos de la magnífica fuente con forma de dragón de piedra blanca que había en el centro del lugar.

—Podrías preguntárselo tú mismo.

Terion ya se había percatado de que uno de ellos era Kirius. Vestía a la manera de la nobleza de Isgarad, con camisa y una saya holgada de color granate oscuro. Permanecía atento a las palabras de su acompañante, un hombre más bajo que él, corpulento y de barba ya casi totalmente encanecida.

—Ese es... —empezó Terion, intentando hacer memoria.

—Maddor Maelus, sí. Se ha ofrecido durante estos días para empezar a instruir a Kirius.

Terion arrugó el gesto. Maddor Maelus era el skalnic de Isgarad, una suerte de senescal del reino que participaba en los Consejos Reales y cuya función principal era mediar entre las Grandes Familias, el rey y los propios gentiles. Era la voz del pueblo o, al menos, los skalnics se atribuían su representación.

Después centró su atención en Kirius. A pesar de que aún eran visibles las secuelas de su sufrimiento por el veneno del ashal dorado, pues necesitaba recuperar algo de peso, parecía tan seguro de sí mismo como una semana atrás. Aquel ya no era el muchacho asustadizo y enajenado que Terion había conocido casi dos años atrás en Rynad. Aquel joven se había perdido en la montaña y había vuelto más fuerte y sabio.

Y, no obstante, Terion temía más que nunca por él.

—Ese muchacho usó los Dones, Terion —dijo Arvius en voz baja—. Nadie lo había logrado desde que acabó la Guerra del Lirio y la Rosa. Tienes razón cuando dices que es especial.

Terion asintió en silencio. Arvius se equivocaba, él lo sabía bien. Kirius no era el primero, aunque sí parecía el más fuerte. ¿Quién sabía qué podía llegar a hacer el muchacho con el entrenamiento adecuado? Pero ya nadie en Isgarad podía guiarlo y la senda de los Dones podía llegar a ser tortuosa y arriesgada.

En ese momento Kirius sonrió ante un comentario de su acompañante. El muchacho levantó la vista un momento y su mirada se cruzó con la de Terion. La sonrisa de Kirius murió

en el acto. Maelus, a su lado, se percató y condujo al muchacho hacia las columnatas que rodeaban al patio interior y al poco ambos dejaron de ser visibles. Arvius señaló con la cabeza hacia el camino almenado que había más adelante, donde otra figura había estado contemplando a Kiriús y el skalnic desde las alturas.

—Mi hija Alora también siente curiosidad por el recién llegado —dijo con una voz que parecía resignada.

La joven se percató de sus miradas y se acercó hasta ellos. Terion suspiró, intentando olvidar el odio que había creído entrever en el rostro del muchacho antes de que se fuese. La joven tenía los pálidos ojos azules de los Landaver, aunque poseían un brillo alegre que ninguno de sus parientes tenía, y un cabello ondulado color rubio ceniza. Era evidente que había heredado la belleza de su madre, Maerill, aunque no sus rasgos físicos. Le dedicó una sonrisa radiante a su padre mientras miraba con curiosidad a Terion.

—Alora, este es Terion. Sé que debería haberos presentado antes, pero he estado ocupado en otros menesteres.

—Si no me equivoco, es mi tío —dijo Alora con una mueca.

—Así es —dijo Terion mirándola con curiosidad—. Quizá ya no sea un Landaver, pero sigo siendo tu tío.

Arvius se cruzó de brazos con gesto adusto.

—Eso es algo que discutiremos en el Consejo de mañana.

La chica puso los ojos en blanco durante un segundo.

—Eso es lo único que os gusta hacer en esos aburridos consejos, discutir para no llegar nunca a ningún sitio. Yo prefiero las buenas historias —La chica miró a Terion a los ojos—. He oído que pasaste todos estos años lejos de Isgarad, en Tarkesia. Dime, ¿cómo son aquellas tierras? Me encantaría que me relataras tu vida en aquel lugar.

Arvius agitó la cabeza, desaprobando las preguntas de la chica. Terion en cambio sonrió. Su sobrina parecía una Landaver físicamente, pero por dentro había salido a su madre. Algo le decía que iba a llevarse bien con aquella muchacha.